



ALEJANDRA KORECK - May you live in interesting times

SECCIÓN

# EMBROLLOS Y MALESTARES DEL CAPITALISMO

1502285 • Marian

# **Los lazos familiares y su malestar**

***Blanca Sánchez***

Psicoanalista Miembro de la AMP y de la EOL	Co-responsable del Departamento de Estudios
Psicoanalíticos sobre la familia “Enlaces”	Docente del Instituto Clínico de Buenos Aires (ICdeBA)
y del Instituto Oscar Masotta (IOM3)	Autora de Modos de hacer familia (Cuadernos del Icdeba)

**<https://fchportaldigital.unsl.edu.ar/index.php/nudos>**

Partamos del hecho de que la familia siempre alojó, aloja y alojará en su seno un cierto malestar. Vayamos, por ejemplo, al texto “El malestar en la cultura” de 1930, donde Freud ubica el origen de la familia en el hecho de que los machos de las hordas de homínidos no querían separarse de sus objetos sexuales, las hembras, y las hembras no querían separarse de sus crías; si permanecían junto al macho, era simplemente para beneficiarse su protección.<sup>1</sup> Miller remarca este punto de desigualdad, o podríamos más bien decir disimetría, sugiriendo que podríamos estar hablando de “Sobre el origen de la desigualdad entre los hombres y las mujeres respecto de la familia”, parafraseando a Rousseau en “Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres y las mujeres”.<sup>2</sup> Así entonces nace la familia: por los machos que no querían separarse de sus hembras y por las hembras que no querían separarse de sus crías.

Podemos deducir de eso dos cuestiones. La primera es que nadie quería separarse; así, la familia encarnaría – y podemos preguntarnos si lo encarna aún hoy– un rechazo a la separación. Freud llega a mencionar más adelante en el mismo texto, la resistencia de la familia a entregar a la sociedad a sus integrantes. La segunda deducción que podemos hacer es que hay en juego en la familia una disimetría en cuanto al objeto del hombre y de la mujer. No podemos dejar de evocar sobre este punto, la definición del padre que da Lacan en su seminario RSI: “Un padre no tiene derecho al respeto, si no al

amor, más que si el dicho respeto, el dicho amor, está *père-versamente* orientado, es decir, hace de una mujer, objeto *a* que causa su deseo. Pero lo que una mujer *a*-coge así de ello, no tiene nada que ver en la cuestión. De lo que ella se ocupa es de otros objetos *a* que son los hijos”.<sup>3</sup> Y agrega, que el padre dispense a esos objetos un cuidado parental.

Desde esta perspectiva, el padre pasa a estar definido no por su relación con la madre del niño, sino por la relación con una mujer. Tenemos una disimetría en lo que refiere a la *père-versión* y la causa de deseo: para un hombre, el objeto *a* en cuestión es una mujer; para la mujer, el objeto *a* en juego es el niño. Resta ubicar en esta cita de RSI qué lugar queda para la mujer, ya que sabemos que la presencia del niño la divide entre la mujer y la madre. Nada dice Lacan allí de la relación con su *partenaire* ni de su posición como mujer, lo que suele ser fundamental para que la madre no devenga un estrago, es decir, no sea toda madre ni todo madre.

Hay que decir que, a diferencia de Freud que nos da una definición del padre como padre muerto –siguiendo el mito de Tótem y tabú–, y a diferencia de la definición del padre de los comienzos de la enseñanza de Lacan –en donde se trata fundamentalmente del padre simbólico reducido al significante del Nombre de padre–, tenemos aquí una definición distinta del padre que estaría a nivel del deseo y del goce. Ubica, podríamos decir, de un costado más real del padre, lo real del padre.

Por supuesto que esto es consecuencia de la pluralización de los nombres del padre en la enseñanza de Lacan, haciendo de ese significante mayor, el del Nombre del padre, uno entre otros. Esto hace que la pérdida de goce no sea leída a partir de la prohibición relativa al complejo de Edipo sino como la pérdida de goce estructural por obra de la incidencia del lenguaje. Por eso en la enseñanza de La-

1 Freud, S., “El malestar en la cultura”, *Obras Completas*, Vol. XXI, Amorrortu, Buenos Aires, 2085, p. 97-101.

2 Miller, J.-A., *De la naturaleza de los semblantes*, Paidós, Buenos Aires, 2004, pp. 130-131

3 Lacan, J., clase del 21 de enero de 1975, Seminario “R.S.I”, inédito.

can pasamos del Nombre del padre a los objetos *a* condensadores de goce. Es un punto que podemos retener para poder pensar cómo intervenir en relación a la parentalidades actuales.

Habiendo situado entonces algunas formas en las que el malestar puede presentarse en los lazos familiares –como rechazo a la separación y a la disimetría– podríamos agregar también otro malestar que relacionaría con lo siniestro, lo ominoso, según la traducción del término alemán, *Unheimlich* sobre el que ha escrito Freud. Este término se forma a partir de *Heimlich* que quiere decir “familiar” pero con la partícula *un* que refiere a la negación. Lo ominoso sería lo no familiar pero, como podemos observar, bajo la negación está lo familiar. Freud lo define diciendo que en lo siniestro se trata de lo familiar en lo extraño y de lo extraño en lo familiar. Así, podríamos decir que toda familia lleva en su seno eso *Unheimlich* que la habita; solemos encontrar muchas veces cómo los personajes más familiares se vuelven perfectos extraños, casi desconocidos para los demás miembros de una familia. Pero también cómo la familia debe lidiar con aquellos extraños que de repente se vuelven familiares; es la conmoción que los lazos parentales y filiales enfrentan en las familias ensambladas, ya sea respecto a cómo definir los lugares en relación a los hijos del *partenaire*, o al lugar que los hijos otorgan a la pareja del padre o de la madre. Se produce un desdoblamiento entre padre y hombre, y entre madre y mujer. El complejo de intrusión del que habla Lacan en “Los complejos familiares en la formación del individuo”,<sup>4</sup> si bien se refiere al nacimiento de un hermano y al desarrollo del estadio del espejo, bien podría dar cuenta de lo que ocurre en una pareja cuando nace un hijo, o cuando una familia se ensambla, y ni hablar de cuando en ella adviene un nuevo niño. Allí también se produce un fenómeno *Unheimlich*.

A veces, lo siniestro en la familia puede tener el signo de la muerte; siempre, el de un goce. En su texto “Cosas de familia en el inconsciente”, Jacques-Alain Miller indica que lo que une a la familia no es el matrimonio, ni el pacto de la ley y de la alianza, ni las estructuras elementales de parentesco; dirá que lo que une a la familia es un secreto. Toda familia está unida por un secreto, oculto a veces, “desconocido” otras, un secreto a voces generalmente, pero un secreto al fin. Lo que une a la familia es un secreto de goce, de qué y cómo gozan el padre y la madre en tanto hombre y mujer, o incluso me atrevería a decir, en tanto seres hablantes. Por eso es un secreto que en realidad es un velo a aquello indescifrable e imposible de nombrar. Aunque de velemos el secreto que une a una familia, algo permanecerá inaccesible: el goce opaco al sentido, de cada uno de los que la componen; el deseo y el goce que dio origen a un niño.

Un secreto de goce, entonces, que es ominoso por ser lo más familiar y al mismo tiempo lo más extraño. Esa es la mayor disimetría que anida en la familia. La familia es entonces la sede del malentendido entre los goces, y ese punto es uno de los que genera mayor malestar. Cómo soportar ese malentendido entre los goces que Lacan formalizó con su aforismo “no hay relación sexual”. Paradójicamente, la familia es uno de los tratamientos a ese imposible, tratamiento que según sus formas puede alojar mejor o peor ese real, velarlo, forcluirlo o incluso tratar de hacer existir la relación sexual, por ejemplo, en la relación entre el padre y la madre. En las familias de hoy, asistimos más bien al intento de hacer existir esa relación en el lazo entre la madre y el niño. Lacan nos decía que la relación sexual no existe, salvo incestuosa o asesina. Llevando las cosas hacia lugares muy extremos podríamos interrogar acerca de cómo algo de esto se juega en las familias actuales, en los abusos intrafamiliares, o en los parricidios y los filicidios. Allí también donde los goces son exhibidos e ilimitados, ¿qué lugar

<sup>4</sup> Lacan, J., “Los complejos familiares en la formación del individuo”, *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012, p. 47.

para el secreto que une a la familia?

Así, ese malentendido entre los goces sería la fuente de otro de los malestares que anida en los lazos familiares, generando un empuje a querer homogeneizar, uniformizar los modos de goce de cada uno de los que la forman, como un tratamiento posible de ese malentendido.

Es difícil saber cuán actual es este empuje, pero Freud nos advertía en su texto “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna” que en aquellas familias donde primaba el ideal y la tradición como modo de regular los goces, también hay una fuente de malestar: “En ocasiones, algún enfermo de los nervios llama la atención de su médico sobre el proceso causal de su padecimiento, manifestando: ‘En nuestra familia hemos enfermado todos de los nervios porque queríamos ser algo mejor de lo que nos consentía nuestro origen’”.<sup>5</sup> Hay que señalar que era una época en la que el ideal y la tradición organizaban los lazos, el significante amo comandaba el lazo social que se desprende del discurso.

Hoy las familias no están orientadas por la tradición ni por los ideales, resultado de la consecuente depreciación de lo simbólico a la que asistimos. Lo que las orienta, las comanda, es el goce. Eso hace que el padre, por ejemplo, ya no sea el eje alrededor del cual gira la familia, no tenga ya el peso que tenía antaño. Lacan, en 1938 lo había anticipado, cuando hablaba del declive de la imago paterna de la que resultan un gran número de efectos psicológicos, llegando incluso a sostener que la crisis que de ello deriva dio origen al psicoanálisis. Hemos asistido a la caída del padre y hasta presenciamos la crisis del patriarcado. Para el momento actual Miller nos propone hablar –siguiendo una expresión de Lacan– de la evaporación del padre, del padre devenido vapor. Lacan lo ha hecho en su enseñanza, ha vaporizado al padre, como hemos señalado brevemente. Y en este proceso de vaporización del

padre, veremos también a la madre volverse vapor.

Y en esa vaporización la familia comenzó a mutar, frente a lo cual nos encontramos con una proliferación de sus formas: tradicional, homoafectiva, monoparental, adoptiva, transgénero, transespecie, padres donantes, madres de subrogación, incluso las familias compuestas por adultos que no quieren tener hijos familias DINK (*Double Income, No Kids*) o familias *childfree*. Lo que hoy ha entrado en crisis es el modelo de lo que sería la familia ideal, la familia tipo. Ya no hay familia tipo (en singular) hay tipos de familia. Aunque no tan aceptado, es obvio que la familia no es algo donde se nace, es algo que se hace, cada una a su modo. Todo hijo debe ser adoptado por sus padres, en eso todos somos hijos adoptivos, seamos hijos biológicos o no. Pero los hijos también deben adoptar a sus padres. Hay un consentimiento en juego para todas las partes. Podemos preguntarnos, incluso, si la familia se constituye solamente por la presencia de un niño. También, qué lleva a cada quien a ese consentimiento a formar una familia.

Resta ubicar, entonces, de dónde deriva el malestar en los lazos familiares de la actualidad. Podríamos suponer que deriva de la crisis de las funciones materna y paterna.

Para Lacan, en su “Nota sobre el niño”,<sup>6</sup> lo que mantiene y sostiene a la familia es una función de residuo. Como tal, no podemos dejar de asociarlo a lo real. En ese texto del 69, ese residuo estaba vinculado con lo irreducible de una transmisión, es decir, algo irreducible al significante. No se trata de la transmisión de la tradición, ni de la cultura, ni de la vida o de la satisfacción de las necesidades. En ese punto Lacan se refiere a las funciones de la madre y del padre, o mejor dicho, funciones materna y paterna para despegarlas de la diferencia sexual y poder con ellas pensar algunas de las nuevas configuraciones familiares. La función materna

5 Freud, S., “La moral sexual cultural y la nerviosidad moderna”, *Obras Completas*, Vol. IX, Amorrortu, Buenos Aires, 1985, p. 164.

6 Lacan, J., “Nota sobre el niño”, *Otros escritos*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

refiere al hecho de que los cuidados lleven la marca de un interés particular, marca que resulta de las carencias de aquel ser hablante que ejerce dicha función. Y en tanto carencia o falta, ese interés particularizado no podemos dejar de referirlo al deseo. Respecto a la función paterna, Lacan nos indica que ella es el vector – es decir que tiene e indica una dirección– de la encarnación de la ley en el deseo. No es encarnar la ley, lo que nos llevaría al padre de la psicosis; es que la ley oriente hacia el deseo, y para ello la función también debe estar soportada por alguien con un deseo. Por ello es que Lacan insiste que ese residuo, ese irreducible en juego en la transmisión tiene que ver con un deseo no anónimo que participa en la constitución subjetiva. Transmite un deseo a través de un deseo. Domestica el goce, produce un sujeto. Hace del goce algo vivible, soportable. Ambos anudan a la vida. Y por supuesto, en estas funciones hay también una disimetría. Pero hoy estamos muy lejos de la “Nota...”, han pasado más de 50 años y mucha agua bajo el puente.

Eric Laurent<sup>7</sup> señala que en las configuraciones de la familia en nuestro siglo XXI nos encontramos frente a voluntades políticas que quieren prescindir de ella; o frente a régimenes totalitarios que ponen a la familia bajo vigilancia ideológica o religiosa, o bien frente a régimenes liberales que sacuden los pilares familiares en nombre de la libertad individual. La familia ha devenido el espacio de la realización de sí,<sup>8</sup> el lugar donde cada uno puede devenir uno mismo. Es el germen del *un-individualismo*, como dice Miller, que horada el lazo, es decir, la función de la familia como discurso, lo que implica que fracase en la regulación de los goces. Puede transformarse en una sumatoria de Unos solos en su goce, sin que pueda funcionar como discurso, con las consecuencias que eso tiene sobre el lazo

y sobre todo con el goce que se vuelve ilimitado.<sup>9</sup> ¿Cómo pensar el lazo si está cada uno enfrascado en su goce Uno prescindiendo del Otro? Como conglomerado de Unos solos, es difícil pensar en la familia actual el empuje a la uniformización de los modos de gozar. Lo que sí es seguro es que el malestar se manifiesta en la imposibilidad de la tolerancia, la convivencia y el lazo.

Para las familias de hoy ya no hablamos de padre y madre, o de función paterna o función materna sino de parentalidad. La familia deviene una sociedad igualitaria en la que se reparten las tareas domésticas y de educación de los niños, con la única preocupación de una distribución equitativa y democrática de las cargas físicas y mentales. También con la intención de que los cuidados sean ejercidos de la misma manera por cada uno de ellos, es decir, eliminando cualquier marca de interés particularizado o de encarnación de la ley en el deseo, es decir, el residuo real que se pone en juego en la función y que sostiene y mantiene a la familia. O bien son ejercidas gracias a los tutoriales, los consejos de la crianza responsable o incluso las aplicaciones. Soluciones para todos, anónimas y generalizables. La disimetría se transforma en una simetría. Podríamos pensar si no se trata de una monofunción, o incluso de lo que Laurent llama familia holofraseada.

La parentalidad actual no solo ha eliminado la diferencia en el seno de las funciones paternas y maternas que ya no coinciden con la diferencia sexual, sino que, en pos de eliminar las desigualdades, se ha borrado también esa disimetría respecto del objeto *a* que podíamos encontrar entre el padre y la madre. El niño deviene objeto para ambos, pero no en tanto objeto de un deseo no anónimo, sino como puro objeto *a* liberado. Cuando no hay quien consienta a encarnar el lugar del Otro, el niño puede devenir objeto de un goce ilimitado, un trofeo

<sup>7</sup> Laurent, E., “La familia residuo y el padre que *uniega*”, conferencia en Pipol 12 *Malestar en la familia*, Bruselas, 12 y 13 de julio de 2025, inédito.

<sup>8</sup> Alberti, Ch., “¿Qué es un niño?”, conferencia en PIPOL 12 *Malestar en la familia*, Bruselas, 12 y 13 de julio de 2025, inédito.

<sup>9</sup> Schinitzer, G., “El *Un-individualismo* y el fracaso de la familia como discurso”, *Malestar en la familia*, Pipol 12, Bruselas, [en línea] en <https://www.pipolcongres.eu/es/2025/06/05/el-un-individualismo-y-el-fracaso-de-la-familia-como-discurso-graciela-schnitzer/>, 5 de junio de 2025.

de guerra en los divorcios, o un objeto resto o caído del Otro. Queda así librado a su autorregulación, su autodenominación y su autodeterminación.<sup>10</sup> Así parecería que en la parentalidad el residuo ya no es el deseo de los integrantes de la pareja, el residuo es el niño mismo, encarnando lo irreducible, entre objeto precioso y objeto desecho. Por otra parte, sabemos que la parentalidad reemplaza al parentesco, y borra del mapa la genealogía, se altera el orden de las generaciones. No solamente se borra el orden generacional y de la tradición, sino que los padres devienen iguales a los hijos, se borra la alteridad no solamente entre los padres sino entre padres e hijos. Por eso la lógica que Lacan propone en su última enseñanza, más sincrónica que diacrónica, permite abordar mejor las parentalidades contemporáneas, y ubicar qué del padre podría restar en ellas.

Eric Laurent propone para ello ubicar al padre que *uniega* como el operador que permite reenviar a los cuerpos a un goce Uno, siempre singular y que no hace comunidad, ni siquiera en la familia. Se trata de una referencia que está en el *Seminario 19 ...o peor*.<sup>11</sup> A lo largo de dicho seminario, Lacan va construyendo una nueva lógica, como dice Laurent, “rechazando el lazo mítico mantenido por Freud entre el padre y el *todo*”.<sup>12</sup> No es un abordaje generacional, primero el padre y luego los hijos, sino que ubica la lógica del todos y la excepción de manera sincrónica.

La función del *unegar* resulta de la palabra francesa *unier* que es un neologismo que condensa uno, unir y negar. Tenemos entonces una función que une, niega y funda el uno. Lacan se ocupa de precisar que se trata de fundar y no de *fundir*. No es un uno

10 Negro, M., “Parentalidades”, *Malestar en la familia*, Pipol 12, Bruselas, [en línea] en <https://www.pipolcongres.eu/es/2025/05/06/parentalidad-marcela-negro/> 8 de mayo de 2025.

11 Lacan, J., capítulo XV “El deseo de dormir”, *El seminario, libro 19, ...o peor*, Paidós, Buenos Aires, 2012.

12 Laurent, E., “Los padres esperados por los niños después del patriarcado”, en Vanderveken, Y., Dupont-Somers, V., *Niños terribles y padres exasperados*, Paidós, Buenos Aires, 2025.

que unifica sino un uno que funda. “A partir de ese montaje del término *unegar* al modo de un verbo que se conjuga, podríamos proponer que, en cuanto a la función representada en el análisis por el mito del Padre, él *uniega* (...) En el mito [se refiere a “Tótem y tabú”] tiene ese correlato de *todas, todas las mujeres*”. Lacan introduce allí una modificación: “Él las une, pero *no todas*”,<sup>13</sup> e intenta ubicar el parentesco entre la lógica y el mito para señalar cómo la lógica puede corregir al mito freudiano, algo que ya había iniciado en su seminario sobre los discursos. Con el *unergar*, entonces, se trata de un nuevo verbo para definir la función del padre. En un párrafo siguiente a este, Lacan menciona al *e-pater* indicando que la función decisiva del padre es la de impactar-asombrar a la familia, en donde se trata de ir más allá del *pater familia*, pues *e-pater* no responde a una concepción del padre como universal ni como ideal. Con estas dos referencias, el *e-pater* y el *unegar*, se puede dar cuenta de ese lugar irreducible del padre, irreducible que se asocia a un vacío.

*Unegar* no se refiere solo a unir sino también a negar, pues si se refiere a unir y al *todos*, tenemos la fraternidad con la consecuente proliferación del racismo a nivel del goce de los cuerpos, tal como lo ubica Lacan cuando plantea que “en torno a aquel que *uniega*, a aquel que dice que no (...) no puede más que fundarse todo lo que hay de universal (...) Como de todos modos no debo pintarles únicamente el porvenir de color de rosa, separan que lo que crece (...) y que arraiga en la fraternidad del cuerpo, es el racismo”.<sup>14</sup>

Pero si se refiere a negar, según Laurent, “es decir no a la función del todo y producir el Uno de la singularidad”;<sup>15</sup> si el padre de “Tótem y tabú” goza de todas les mujeres, Laurent se pregunta si el goce

13 Lacan, J., *El seminario, libro 19, ...o peor*, op. cit., pp. 209-210.

14 Ibid. p. 231.

15 Laurent, E., “La familia residuo y el padre que *uniega*”, conferencia en Pipol 12 *Malestar en la familia*, Bruselas, 12 y 13 de julio de 2025, inédito.

es el del padre o el de todas las mujeres. El padre que *uniega* no permite gozar de todas, por eso es una ficción que permite separar los goces: del lado hombre, se puede producir el encuentro con *una* mujer en un goce que, no por ello, la hace accesible, porque mientras tanto ella permanece en su goce como Otra, incluso para ella misma, tal como se produce del lado mujer. Laurent propone entonces que la unicidad por el residuo de goce es la vía para orientarnos, reenvía al goce del Uno, pero no sin el lazo que confronta con el vacío que se hace presente cuando hay encuentro. También demuestra que no hay padre que sea Dios, sino que hay un padre, uno por uno, con su singularidad y su modo de goce.

Si el padre se ha vuelto vapor porque su función no es la de antes –y debemos buscar qué es lo que puede venir a cumplir su función–, también podríamos decir lo mismo de la madre. Si la madre se ha vuelto vapor es porque sus cuidados no llevan la marca de un interés particularizado ni de su deseo, sino que deviene una transmisión pedagógica y burocrática. O bien, con la pretendida búsqueda de lo natural que sabemos perdida para el ser hablante, se vuelve una hembra que cría, haciendo existir la relación sexual en la relación madre niño, que deviene el centro de la familia.

El deseo también queda aplastado tras la satisfacción sin límites de las demandas sin límites, con la desregulación del goce que resulta de eso. La palabra es tomada al pie de la letra, perdiendo su potencia metafórica y creadora, reduciéndose a la pura literalidad sin permitir que se esboce ese más allá en el que se juega el deseo.

Los malestares en la familia se presentan con la angustia cuando no con la desorientación de los padres, incluso hasta su exasperación frente a los niños terribles.<sup>16</sup> El niño y el adolescente no se pre-

sentan como síntoma de la pareja parental sino que encarnan en cortocircuito un goce desregulado bajo la forma de las crisis, la hiperactividad, los síntomas corporales, las impulsiones, la violencia contra otros o contra sí mismos, las fobias, las angustias, entre muchas otras manifestaciones.

La apuesta del analista será la de poder orientar a cada quien, para salir de los goces anónimos, ubicar qué puede hacer de residuo que no sea el niño, es decir, hacer del goce de cada quien la vía para guiarnos en la proliferación de las familias para todos. Es hacer del encuentro algo que no sea anónimo, y del niño el producto de un residuo de goce singular, más que ser quien funde a la familia. Es circunscribir o incluso producir ese residuo que sostiene y mantiene la familia, integrada por el niño como objeto *a* de la madre, o de quien haga las veces de, y por una causa de deseo y de goce, la de la perversión paterna, quien sea y como sea que la encarne. Es decir, alojando en ella la diferencia, la singularidad del goce de cada quien, pero también rechazando un goce en exceso y creando la posibilidad de un lazo.

<sup>16</sup> Tomando los términos del título de las Séptima Jornada de Estudio del Instituto Psicoanalítico del Niño del Campo Freudiano del 2021.

